

Esther 7,1-10; 9,20-22

Salmo 124

Santiago 5,13-20

Marcos 9,38-50

Prólogo

Desde hace algunos años vengo procurando, cuando me toca predicar aquí, desarrollar un entretendido intertextual de las diversas lecturas que nos brinda el leccionario. Lo hago con la convicción de que la propia redacción de la Biblia —ambos testamentos— fue en sí misma el producto de una honda reflexión intertextual, donde todos los textos influyen en como han de interpretarse todos los otros. No voy a dar explicaciones sobre eso ahora mismo. Si lo menciono es sólo para observar que nuestras cuatro lecturas para hoy me han resultado un reto bastante difícil en ese sentido. Confieso que hay historias bíblicas que me generan un profundo rechazo. La de Esther es una de ellas. Me parece humana y moralmente inaceptable celebrar con festividades y banquetes un genocidio, como si fuera algo positivo y no el más absoluto de los horrores, la más absoluta confusión moral. O sea que con Esther, ya empezamos mal —en cuanto a mí respecta. Pero luego también me ha costado hallar una conexión con los demás textos. Espero que mis reflexiones a continuación sean de edificación y estímulo a la fe y a las buenas obras. Y ya me diréis si os parece válido y útil como ejercicio de interpretación intertextual.

Habiendo dicho lo cual a manera de prólogo, vamos a los textos:

Esther 7,1-10; 9,20-22

No es ningún secreto que la redacción definitiva del Antiguo Testamento recibió un impulso importante durante el período cuando Yehud —el antiguo reino de Judá— fue una pequeña provincia persa. Tanto es así, que los reyes persas reciben una excelente prensa en el Antiguo Testamento —desde luego mucho mejor que la dinastía de David, de la que la Biblia cuenta muchas más sombras que luces. Isaías declara que Ciro es el ungido o Mesías de Dios, traspasando así efectivamente a la corona persa la elección divina que anteriormente se atribuía a la casa de David. Esdras y Nehemías son altos funcionarios persas que organizan la provincia desde la más estricta lealtad al rey, de tal suerte que en Yehud los soberanos persas jamás tuvieron problemas.

Desde luego las autoridades templarias de Jerusalén, así como Esdras y Nehemías, tenían sus propias motivaciones e ideología para sus acciones, que tal vez no fueran idénticas a las motivaciones e ideología del rey persa; pero todo el mundo sentía que eran —ya que no idénticas— por lo menos compatibles. Durante el período del Segundo Templo, entonces, tanto la corona persa como sus representantes en Jerusalén,

promovieron activamente la idea de que el dato histórico más importante para el judaísmo era el hecho de la reconstrucción persa del templo de Jerusalén y la pureza e integridad del ritual que allí se celebraba. Asegurada así la lealtad del sacerdocio de Jerusalén, éstos a su vez se encargaban de inculcar a la población de Yehud la debida gratitud y lealtad a la corona persa —que se traducía en paz social y en el pago puntual de diezmos para el propio funcionamiento del templo, así como de tributos para el rey persa.

La relación entre el sacerdocio de Jerusalén y los intereses de la corona persa era perfecta. El rey patrocinaba el culto de Jerusalén como antes lo habían hecho notablemente David y Salomón, Josías y Ezequías. En cambio, el sacerdocio de Jerusalén escenificaba dramáticamente su lealtad a la corona con sacrificios y plegarias a Dios por el rey; y además hacía de agencia recaudadora de tributos para las arcas reales.

Es dentro de este ideario del ensamblaje perfecto entre la corona persa y el sacerdocio de Jerusalén, que hay que entender este capítulo del libro de Esther, que se escribió cuando los soberanos eran los griegos; tal vez tan tarde como cuando ya afloraba el conflicto que llevaría al alzamiento independentista de los Macabeos. Desde la conflictividad entre ciertos elementos del sacerdocio judío y los intereses de la corona helenista siria, se ve con añoranza y nostalgia el período persa. Porque con los persas si bien podían existir ciertas sombras de amenaza de persecución, Esther nos asegura que esto sería solamente por la ignorancia del rey, a espaldas de él y manipulándolo a escondidas. Los conflictos con la corona persa sólo se podían deber a la maldad de individuos corruptos, jamás al propio rey persa. Y en cuanto el rey es informado de la maldad reprobable de su primer ministro Hamán, naturalmente interviene para castigar al traidor y garantizar la supervivencia y prosperidad de los judíos.

Entonces, aunque más adelante en el libro de Esther los judíos consuman la misma clase de masacre genocida que Hamán había tramado contra ellos, aquí en el capítulo 7 que hemos leído hoy, la venganza contra Hamán la ejecuta el rey persa. Porque el rey persa es, naturalmente, el único garante autorizado y necesario de la supervivencia y prosperidad de los judíos. En el libro de Esther no hace falta que Dios defienda a su pueblo ya que su Mesías, el rey persa, es quien los defiende suficientemente.

Salmo 124

En el Salmo 124, sin embargo —al igual que en la versión griega de Esther—, Dios sí es necesario como protector. El pueblo de Dios es débil y frágil; su supervivencia está siempre en duda salvo que Dios los sostenga. Su situación es frustrante y delicada: aquellos cuya mismísima vida depende de Dios, saben que su existencia es harto precaria. Claro que, bien entendido, ¿acaso existe algún ser humano —uno solo— cuya existencia y supervivencia no dependa de la buena voluntad de Dios? Al final la actitud del salmista, de agradecimiento y reconocimiento por la fidelidad y la gracia de Dios quien nos protege y quien levanta para nosotros una posteridad, va a ser

que es la más sabia, la que a todos nos conviene asumir. ¡Alabemos a Dios con alborozo! Porque aunque no en todas las generaciones vaya a haber una reina Esther ni un rey pagano que defienda al pueblo de Dios, sin embargo el hecho real es que hasta ahora durante todas las generaciones el pueblo de Dios ha sobrevivido. Esta supervivencia es inexplicable y maravillosa; merece ser celebrada con salmos y adoración.

Si el Salmo 124 nos lleva a reflexionar que Dios garantiza mejor nuestro futuro que lo que puede hacerlo un rey pagano, nuestra lectura del evangelio de Marcos nos lleva a explorar otro aspecto de la historia del fin terrible que padece Hamán en la historia de Esther:

Marcos 9,38-50

Al empezar nuestra lectura del evangelio, Jesús tiene que reprender la estrechez de sus discípulos, que habían sentido que era necesario descalificar a los que realizaban exorcismos en el nombre de Jesús sin ser miembros del grupo de discípulos selectos. ¡Vaya manía que tenemos los cristianos, de desautorizar, deslegitimar, criticar, prohibir y desacreditar a todos los que no practican nuestra forma particular de cristianismo! Nada han cambiado las cosas en 20 siglos. Pareciera que la sola existencia de otros cristianos de otras tradiciones, que enfocan de otras maneras el cristianismo, nos hunde tanto en la duda, que tenemos que atacarlos para de alguna manera quedar nosotros como los únicos cristianos legítimos. Es el reproche de esta actitud, entonces, lo que da sentido a todo lo que sigue en nuestra lectura de Marcos.

Porque cuando Jesús dice que es mejor entrar a la vida manco que ir al infierno con ambas manos, o entrar a la vida con un solo ojo que ir al infierno con ambos, no está hablando de cualquier pecado ni todas las formas de desagradar a Dios. El tema entre manos es cómo tratamos a «uno de estos pequeñitos que creen en mí». La conducta y actitud que quiere cortar Jesús por lo sano, es la de criticar y deslegitimar y hundir en la duda a los demás, sencillamente porque no pertenecen a nuestro grupo o porque no hacen las cosas como nosotros entendemos que es correcto hacerlas.

La progresión lógica de nuestra lectura de Marcos, entonces, es esta:

Primero, Jesús reprende a sus discípulos por pretender ser ellos quién para interferir y prohibir a cualquiera que esté haciendo una obra benéfica en el nombre de Jesús. Segundo, Jesús les advierte que si con esas actitudes arrogantes y celosas de su privilegio como discípulos autorizados, acaban haciendo tropezar a los débiles, era mejor haber muerto. Tercero, no sólo es mejor morir que quitar el gozo espontáneo de los que sólo pretenden hacer obras buenas en el nombre de Jesús, sino que también sería mejor mutilarse. Al fin de cuentas, los mutilados tienen cabida en la vida; pero los que hacen tropezar a los que sólo pretendían seguir a Jesús según sus luces, nunca saldrán del Seol; es decir que no alcanzarán la resurrección. Y cuarto, Jesús concluye

con una afirmación enigmática acerca de la sal que pierde su sabor. ¿Cuál es ese sabor salado que jamás debiéramos perder? Jesús lo dice claramente: «Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros». Con esta exhortación a la paz entre los cristianos, Jesús da por finalizadas sus reacciones a la ocurrencia de los discípulos, de criticar y desautorizar otras formas de cristianismo que la suya de ellos.

¿Qué relación hallo entre esto y la historia de Esther y Hamán? —os preguntaréis. Tal vez la única conexión sería que Hamán, preparando un genocidio, al final pierde la vida en la misma horca que había preparado para Mardoqueo. Y los cristianos que se creen ser quién para prohibir, criticar y deslegitimar otras formas de cristianismo que su propia sana doctrina de ellos mismos, se arriesgan —según Jesús— no a morir ahora, tal vez, pero sí a perderse la resurrección y podrirse en el Seol por toda la eternidad. Las políticas que debía haber seguido Hamán como primer ministro, eran aquellas que produjeran una convivencia pacífica entre todos los súbditos del reino. Pero hizo todo lo contrario y fue juzgado severamente por ello. Asimismo, la actitud que deben seguir los discípulos de Jesús es la auténticamente salada, la que no pierde su sabor esencial: es decir, actitudes de tolerancia y benevolencia, de estímulo y fomento de todos aquellos que han decidido aliarse con Jesús y anunciar la liberación de los oprimidos por Satanás. Aunque no se encuentren entre nuestros íntimos ni hayan recibido toda la instrucción perfecta que nosotros pensamos haber recibido.

Llegamos así a los versículos finales de Santiago.

Santiago 5,13-20

Aunque a lo largo de la carta Santiago tiene algunas palabras muy duras contra los ricos de este mundo y contra los que se van de la lengua en lugar de callar, resulta ahora que las últimas exhortaciones de la carta son todas positivas y refuerzan la idea que hemos visto en Jesús, de que lo importante es animar y no desanimar. Santiago propone la oración como manera de ayudar a los débiles, a los enfermos, incluso a los que ahora están siendo dominados por el pecado, pero que gracias a estas oraciones de intercesión, pueden un día alcanzar la victoria.

Bueno, en realidad, Santiago propone más que solamente la oración. Habla también de ungir con aceite a los enfermos —es decir, de tener la paciencia y disposición personal de ayudar a los enfermos a recibir los medicamentos apropiados. Administrar preparados medicinales a base de aceite que había que frotar sobre la piel del enfermo, parecería ser una labor de esclavos y de mujeres, que sin embargo Santiago piensa que no está por debajo de la dignidad de los ancianos de la comunidad. Si los ancianos se presentaban para prestar un servicio así, la reunión de oración posterior partía desde unas bases muy especiales de cálido afecto fraternal, donde es posible la confesión de pecados y la oración unos por otros —todos por todos, sin superiores que oran e inferiores que aceptan pasivamente la oración. En una comunidad donde

los ancianos muestran esa clase de interés, no es nada inverosímil la posibilidad de ayudar a los que se han extraviado, a hallar otra vez el camino a Cristo.

¡Dios mío, qué lejos hemos progresado, cuánto hemos avanzado, del ojo por ojo con que Hamán es ahorcado en el patíbulo que había preparado para Mardoqueo y con que los judíos cometen el genocidio de los que pensaban aniquilarlos a ellos! Ahora ya nadie juzga a nadie, nadie se cree ser quién para cuestionar las motivaciones ni el testimonio de nadie. Ahora todos somos hermanas y hermanos que nos apoyamos unos a otros en nuestro deseo de vivir como vivió Jesús y amar como amó Jesús.

Desde luego que Dios protege a su pueblo de enemigos y de calamidades. Pero esa protección no es siempre dramática ni es cuestión de vida o muerte inmediata. Lo más habitual es que Dios nos tenga que proteger unos de otros y de nuestras críticas, descalificaciones y recelos mutuos. Esas actitudes y esas palabras destructivas a la larga pueden hacer tanto daño como una persecución. Pero si aprendemos a orar unos con otros y unos por otros como manda hacerlo Santiago; y a tolerarnos unos a otros nuestras diferencias como manda hacerlo Jesús, allí también se hace eficaz la protección divina sobre el pueblo de Dios.

Amén — así sea.

Capilla, SEUT, 23 septiembre 2009